

# Presentación

\* Sergio Raúl Arroyo G.

Durante el verano de 1994, la Escuela Nacional de Antropología e Historia organizó *El tiempo y las palabras*, un encuentro que tuvo como ejes temáticos la historia, la narrativa y la literatura mexicanas. Su principal objetivo fue estimular, sobre los múltiples puentes que la práctica intelectual ha podido materializar, un diálogo hasta ahora no suficientemente sistematizado ni plenamente valorado, pero que durante los últimos años ha dado muestras de su importancia axial para renovar la visión de la cultura mexicana.

El encuentro trató de ser también un foro que permitiese ampliar el horizonte crítico de la historia y la literatura mexicanas, aportando elementos de discusión y, probablemente, incorporando algunos problemas a la necesaria reflexión sobre la naturaleza y los múltiples entrecruzamientos de esos ámbitos.

Una vez distanciadas del ominoso yugo que representó la escisión entre *lo verdadero y lo ficticio*, proveniente del hermético sistema de la razón platónica y argumentación fundamental de las academias decimonónicas, numerosas búsquedas han trastocado el conjunto de objetos y significados con que se demarcaba a la historia, promoviendo la recuperación de otras realidades que en ella existían sólo como residuos de un no ser, tales como la cotidianidad, las expresiones míticas, el imaginario y las narraciones seculares, y haciendo necesaria, no sólo una nueva ubicación de sus perspectivas, sino originando la apertura de un intrincado proceso que ha permitido reformular sus problemas y alcances.

Una constante de las investigaciones y experiencias literarias recientes de México, es el interés por los hechos constituidos a partir de la historia misma. No sólo se ha tratado de aproximaciones a itinerarios y temáticas,

\*ENAH-INAH.

sino de exploraciones y puestas en crisis de algunas verdades heredadas por el discurso histórico. Por otra parte, la historia ha sido impactada por aquello que en un primer momento fue considerado un universo de ficciones.

No obstante las contraposiciones con que diversas corrientes, principalmente aquellas que a partir del siglo XVIII estructuraron una impenetrable fortaleza cognoscitiva, diferenciaron y legitimaron el carácter científico de la historia, sus métodos y propuestas, en el pasado reciente, el desvanecimiento de diversos racionalismos petrificadores, permitió observar crecientes puntos de contacto e intersecciones entre esos campos. Este hecho ha provocado un despliegue de nuevos problemas, ampliando nuestro horizonte intelectual y, simultáneamente, abriendo la posibilidad de reconformar nuestra percepción de dos sistemas de escritura en profunda comunicación, con entramados convergentes, e incluso, sendas comunes.

En este territorio cambiante, es cada vez menos posible juzgar el trabajo histórico o el literario con los medios con que la tradición ilustrada o su acepción positivista los delimitaron. Sin dejar de reconocer expresiones irreductibles o distinciones específicas, tal como lo han enfatizado Peter Burke cuando propone una sabia mediación entre el análisis de estructuras y la narración de acontecimientos, o Hayden White, que emplea su teoría de los tropos o figuras, elementos metafóricos, como sustento metahistórico de la historia, es necesaria una incisiva revisión de la inexorable proximidad de los hechos históricos con la narrativa que les dota de forma y, con notable persistencia, de sentido.

El *dossier* que hemos integrado, intenta, dejando de lado la concepción de los sistemas diferenciados, iluminar algunas articulaciones entre fenómenos históricos, literatura y ciertas experiencias narrativas y estéticas. Se ha tratado de mantener en todo momento las dimensiones y perspectivas orientadoras de escritores e historiadores, permitiéndonos establecer el equilibrio necesario en la reflexión.

Los contenidos de *El tiempo y las palabras* estuvieron determinados por cinco temas que abordan diversos momentos del *tiempo mexicano*. Diez de los quince trabajos presentados conforman este expediente, conservando su ordenamiento y estructura general: *Epica e imaginario en el texto colonial* y *Los signos del discurso colonial*, estuvieron dirigidos a visitar crónicas militares y religiosas, así como textos nodales del mundo novohispano. Alfonso Mendiola en «La escritura de Juan de Torquemada. La historia como literatura», estudia el contexto de emisión en que Torquemada construye en la *Monar-*

*quía indiana* la narración de la caída de Tenochtitlan. El trabajo de Mendiola es un extraordinario punto de partida, en tanto se pregunta por la función de un texto escatológico en el ámbito del siglo XVII, así como por la naturaleza literaria, viva en el relato colonial, frente a sus interpretaciones posteriores. De este análisis surge la propuesta relativa a cómo debe ser leída, no sólo esa obra, sino la narrativa de los cronistas hoy día.

En «Bernal Díaz del Castillo: entre el temor y el silencio», Guillermo Turner ve en el texto del más conocido de los cronistas de la conquista de México, no solamente una obra personal, sino la expresión cultural de una colectividad a la que el propio cronista pertenece. A través de un estudio sobre el miedo, como elemento que nos permite realizar una aproximación a la visión y las circunstancias que sustentaron *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

Guy Rozat, utilizando la crónica del siglo XVII del jesuita Andrés Pérez de Ribas, pone en evidencia la carga teológica contenida en las crónicas; «La figura diabólica como ordenadora del discurso de Pérez de Ribas» plantea la necesidad de redefinir su estrategia de lectura.

Roberto Flores, aborda el empleo de la semiótica como instrumento para caracterizar, como modelos narrativos, las crónicas de Alvarado Tezozomoc y fray Diego de Durán, representando configuraciones de formas alternativas de la historiografía en «La semiótica y la historiografía de lengua náhuatl: ¿relato de acciones o identificación de personajes?».

En «Poesía y discurso histórico en la Nueva España», José Joaquín Blanco muestra cómo, contra los reproches de cierta tradición escolástica, la poesía novohispana observaba su historia «infinitamente minuciosa» a partir de sus textos.

Dentro del tema *La escritura y la nación*, se revisaron los vínculos entre la literatura, el periodismo y la narrativa en la formación de una cultura nacional. Con el empleo de un episodio histórico, «Tomóchic. Las letras, la historia y el poder», Antonio Saborit realiza un estudio del significado de la relación novelada de la campaña militar contra el poblado de Tomóchic, Chihuahua, en 1891 y su impacto en la memoria histórica.

En *Perfiles y palabras del siglo y Obras y perfiles en el tiempo*, se realizó un ejercicio crítico sobre la impronta que la literatura y otras prácticas narrativas han dejado en la historia mexicana contemporánea. Fueron revisitadas varias de las presencias intelectuales más incisivas de nuestro siglo, que tuvieron en la historia un referente común y la materia privilegiada de su trabajo. No pocas veces pudo observarse con nueva luz su obra.

Ricardo Pérez Montfort con «Historia, literatura y folklore» analiza tanto la formación de una imaginería compuesta de mitos y símbolos nacionalistas, a través del folklore posrevolucionario, como el carácter de «rescate de las tradiciones» en que se despliega.

«La paradoja de la historia» de David Huerta, muestra el origen de las contradicciones, aún vivas, entre la concepción de los paradigmas de la historia moderna y su puesta en escena, a la luz de la narrativa de Martín Luis Guzmán y del historiador italiano Nicola Chiaromonte.

Héctor Orestes Aguilar, incursiona con «José Vasconcelos y la revista *Timón*. El discurso político del nazismo en México» en un hecho poco estudiado, prácticamente sellado, la empresa propagandística filonazi a través de una publicación dirigida por Vasconcelos, haciéndonos volver la mirada a este incómodo episodio de la historia cultural mexicana.

«La diplomacia de las letras» de Pablo Yankelevich es un ensayo sobre las relaciones de la intelectualidad mexicana con el Estado revolucionario y su presencia real e imaginaria en el mundo latinoamericano de la década de los veinte.

Quisiera que en el recuento que el lector hiciera de *El tiempo y las palabras* prevaleciera un valor testimonial: el de la dinámica crítica de una época en la que, desde diferentes puntos de reflexión, se conforma un nuevo *montaje* de la historia mexicana. En un plano más específico, quizá pueda observarse de qué modo los usos narrativos representan una base para revelar las relaciones entre estructuras y acontecimientos, un verdadero juego de vasos comunicantes, que hace posible una visión múltiple de la historia.

Es en este punto donde las experiencias narrativas tienen un papel regenerador de la historia, provocando una vuelta de nuestra mirada hacia sus orígenes, donde la imaginación literaria constituye su fuente de fuerza y renovación.